

Al dar parte de esta batalla escribía el emperador imitando el célebre, *Veni, vidi, vici*, de César: *Vine, vi, y Dios ha vencido*. Después de dos días de descanso marchó sobre Wittemberg, capital de la Sajonia y una de las ciudades más fuertes de Alemania. Defendíala con buena guarnición, la esposa del elector, Sibila de Cleves, mujer distinguida por su valor y su talento, que pudo recordar á Carlos V en Wittemberg á doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, en Toledo. Pero el príncipe sajón no había muerto como el capitán castellano, y esto inspiró al emperador la idea de emplear un expediente indigno de su grandeza para intimidar y ablandar á la esposa de su ilustre prisionero. Careciendo de elementos para tomar la ciudad, por más que ligeramente le hubiera prometido el duque Mauricio proporcionárselos, y viendo que Sibila contestaba con heroica altivez á sus intimaciones de rendición, envió un heraldo á decir á la ilustre princesa y á sus hijos (el mayor de los cuales había sido herido en la batalla), que si no entregaban la ciudad, haría juzgar al elector, y les enviaría la cabeza del esposo y del padre. Y para hacerles ver que no era una simple amenaza, mandó formarle proceso, no con arreglo á las leyes del cuerpo germánico, sino encomendándole á un consejo de generales italianos y españoles, presidido por el duque de Alba. El terrible tribunal después de breves trámites consideró al elector como convicto de traición y rebeldía, y le condenó á ser decapitado.

Jugando al ajedrez se hallaba el sentenciado, con su compañero de prisión Ernesto de Brunswick, cuando se le comunicó la sentencia. Oyóla sin turbarse, y creciendo con la desgracia su grandeza de ánimo: «¡Quiera Dios, dijo, que esta sentencia aflija á mi esposa y á mis hijos tan poco como á mí me intimida, y que no renuncien á los títulos y posesiones á que los destinó su nacimiento porque yo viva unos días más.» Y prosiguió jugando tranquilamente su partida. Otra impresión hizo en su esposa la noticia del rudo fallo del tribunal. La idea de la sangrienta ejecución la horrorizaba, y cayendo de ánimo aquella mujer varonil, el ansia de salvar á su esposo la hizo ceder, hasta enviar mensajes al emperador para que fijara el precio de la vida del desventurado príncipe. Interecían al mismo tiempo en su favor el duque de Cleves, el elector de Brandeburg, y muy principalmente el duque Mauricio, por el interés que tenía en no acarrearle la odiosidad de toda la Sajonia, cuyo país se reconquistaba para él. El mismo sentenciado, tan animoso é impenetrable hasta entonces, no pudo resistir á las súplicas y á las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Y como el emperador hubiera hecho acaso pronunciar la sentencia, mas con el fin de intimidar que con ánimo de ejecutarla, hizo por último merced de la vida bajo las duras condiciones siguientes.

La dignidad electoral de Sajonia quedaría en manos del emperador para disponer de ella á su voluntad:—serían entregadas al mismo tiempo las ciudades de Wittemberg y Gotha:—el margrave Alberto de Brandeburg sería puesto en libertad sin rescate:—el elector renunciaría para siempre á toda alianza contra el emperador y rey de romanos:—reconocería y obedecería los decretos de la cámara imperial:—permanecería prisionero del emperador todo el tiempo que este quisiera retenerle. En cambio el emperador le dejaba la vida, y le señalaba para su manutención la ciudad y territorio de Gotha, con una pensión de cincuenta mil florines, obligándose también á pagar sus deudas. Quiso además imponerle la condición de someterse á los decretos del papa y del concilio de Trento, pero en esto le halló tan inflexible, que no hubiera vacilado en renunciar á la vida antes que á sus creencias, lo cual obligó al emperador á ceder sobre este punto, y los españoles mismos admiraron y respetaron su entereza (1).

Entregóse, pues, la capital de Sajonia á las tropas del emperador, y ondearon en cuatro puntos de la ciudad las banderas imperiales (19 de mayo, 1547). Tanto como hasta entonces había sido Carlos V duro y severo, mostróse luego indulgente y hasta galante. Los sajones se maravillaron de las atenciones que guardaba al príncipe elector, á quien ser-

(1) Dumont, Corps Diplomat. IV.—Sleid. ubi sup.—Sandoval, libro XXIX, pár. 23.—Robertson, libro IX.

vían en el pabellón del duque de Alba los grandes de Castilla. Su esposa se presentó al César vencedor en traje de luto, y Carlos, no solo la trató con amabilidad, sino que imitando la conducta de Alejandro con la madre y la esposa de Dario, pasó al día siguiente á visitar en su palacio á la duquesa, y permitió al elector que pasara unos días con su familia. Mostró al propio tiempo Carlos V una extraña tolerancia religiosa. En la capilla del castillo vió el sepulcro de Lutero. Cuéntase que el duque de Alba y algunos otros le aconsejaban que hiciera desenterrar y reducir á cenizas su cadáver, y que él respondió: «Dejadle reposar; ya ha encontrado su juez; yo hago la guerra á los vivos y no á los muertos.» Con esto, y con poner al duque Mauricio en posesión del electorado y gobierno de Sajonia, partió de Wittemberg para Halle á atacar al landgrave de Hesse, el segundo jefe de la liga protestante, y único que le faltaba subyugar.

Por fuerte que quisiera mostrarse el landgrave, érale imposible resistir al inmenso poder del victorioso emperador. Mas la circunstancia de ser yerno suyo el duque Mauricio, hizo que este, en unión con el margrave de Brandeburg, se interpusieran y mediaran entre él y el César. «Bien, dijo un día Carlos á los activos mediadores, si el landgrave se entrega á discreción y suscribe á todas las condiciones que yo le proponga, no le tomaré su territorio y le dejaré la vida y la libertad.» Las condiciones eran: ponerse llanamente en sus manos, y venir á su presencia á pedirle humildemente perdón; prestarle juramento de fidelidad; reconocer la cámara del imperio; demoler todas las fortalezas de su Estado; poner en libertad á Enrique de Brunswick; pagarle ciento cincuenta mil florines de oro para indemnización de gastos de guerra, y otras por este orden, y semejantes á las que había impuesto á Juan Federico de Sajonia. De tal modo confiaban los mediadores en la palabra del emperador, que se comprometieron con el landgrave, en caso que no la cumpliera, á entregarse ellos mismos prisioneros á sus hijos (2).

En esta confianza presentóse el landgrave al emperador en Halle de Sajonia (19 de junio). Recibióle Carlos sentado en un trono, circundado de toda la grandeza alemana, italiana y española. El príncipe, puesto de rodillas delante del trono, mandó leer á su canceller, también en la misma postura, un discurso pidiendo humildemente perdón al César, y ofreciéndole consagrarse enteramente á su servicio (3). Contestóle el emperador con otro, que leyó uno de sus secretarios, otorgándole el perdón, y ofreciendo no castigarle con muerte, como merecía, ni con prisión perpetua ni confiscación de bienes; y se despidió de él sin tocarle la mano, ni hacerle otra demostración de cortesía (4). Aquella tarde comió el príncipe con el duque Mauricio y el de Brandeburg en casa del duque de Alba, y cuando se iba á retirar, le intimó el de Alba que quedaba prisionero, con gran sorpresa del landgrave y no menor de sus dos mediadores. En vano se quejaron estos, primeramente al de Alba, y después al emperador, exponiéndoles el compromiso en que, fiados en la palabra imperial, se habían empeñado, al propio tiempo que se esforzaban por justificar para con el landgrave su culpabilidad. El emperador les respondió que ignoraba las obligaciones particulares que con el preso hubieran contraído, pero que él no le había ofrecido una absoluta libertad, sino solamente no tenerle en prisión perpetua (5). Nada alcanzó á ablandar al emperador; ni las nuevas reflexiones, instancias y esfuer-

(2) Estas condiciones las habían de firmar también el marqués de Brandeburg, el duque Mauricio, el conde Palatino del Rhin, y el Gran Maestre de Prusia.

(3) El discurso empezaba: «Serenísimo, muy alto y muy poderoso, victorioso é invencible príncipe, emperador y gracioso señor. Habiendo Felipe, landgrave de Hesse, ofendido en esta guerra gravísimamente á Vuestra Majestad... etc.»—Se halla en Sandoval, lib. XXIX, par. 19.

(4) Cuentan las historias alemanas, que como el emperador creyese advertir que el príncipe se sonrió una vez, como maravillado de la humillante posición á que se veía reducido, dijo en flamenco alzando el dedo: «*Vol, ick soll di lachen tebren*: bien, yo te enseñaré á reír.»

(5) En efecto, en el documento consta así, pero algunos historiadores alemanes sostienen, que los ministros del emperador alteraron el texto del tratado al tiempo de copiarle.

zos de los dos mediadores, ni las desesperadas quejas del landgrave, ni el resignado silencio que las reemplazó por consejo de sus amigos, ni la ejecución por su parte de todo lo pactado para ver de merecer la libertad; todo fué inútil, y Carlos V recorrió varias ciudades de Alemania llevando siempre consigo los dos príncipes prisioneros, el de Sajonia, y el de Hesse, ofreciéndolos en espectáculo á todo el cuerpo germánico, y como haciendo gala y lujo de deprimir y afrentar á los vencidos, siquiera hubiese de exasperar con tal conducta á los pueblos que la presenciaban.

Iba Carlos V despojando de todos los medios de defensa las provincias sometidas, al modo de los emperadores romanos cuando aspiraban á enseñorear el mundo. Entre imposiciones y multas, ya como tributo, ya como castigo, los extrajo más de un millón y seiscientos mil coronas. Dejó desnudas de artillería las plazas rendidas; y de los cañones que recogió, en número de quinientos, hizo trasportar una parte á Flandes, otra á Milan, otra á Nápoles y otra á España, para que en todos sus Estados viesen estos terribles y auténticos testimonios de sus triunfos. El papa, en una carta gratulatoria, aunque dictada sin duda más por la política que por el afecto, le lisonjaba añadiendo á los títulos que ya tenía los de *Máximo, Fortísimo, Augusto, Germánico, Invictísimo y verdaderamente Católico*.

Allanada así la Alemania protestante, pasó Carlos V á Bohemia á dar favor á su hermano Fernando en las cosas de aquel reino, minado y conmovido también por la herejía luterana, y en que después de una lucha entre el pueblo y el rey, pugnando aquel por sostener la libertad política y adquirir la libertad de conciencia, y este por sofocar la herejía y cercenarle sus antiguos privilegios, quedó al fin victorioso el monarca, mudando á su gusto la forma de gobierno, ensanchando las prerogativas reales, y castigando con muertes, confiscaciones y destierros á los principales proclamadores de la libertad política y religiosa.

Vencida la rebelión armada de las provincias germánicas protestantes, faltábale al emperador hacerles reconocer la autoridad del concilio de Trento, y á este fin convocó la Dieta imperial de Augsburgo, donde él se trasladó (setiembre, 1547), haciendo acuartelar dentro de la ciudad las tropas españolas y acantonando las demás en las aldeas comarcanas. Desde luego se apoderó de los templos, los hizo purificar, y restableció en ellos con gran pompa el culto católico. Concurrieron á esta Dieta multitud de príncipes, embajadores y miembros del imperio. Juntáronse allí los tres hermanos, Carlos V, Fernando rey de Bohemia, y la reina viuda gobernadora de Flandes, María la Valerosa. Trataba ya el emperador, en vista de las dolencias que le fatigaban, de que su hijo Felipe, que había de sucederle en el reino de España que á la sazón en ausencia de su padre regia, le sucediese también en el imperio; y esto lo consultó con la reina María su hermana, que era princesa, como dice un antiguo historiador, «en quien cabían estas cosas y otras mayores,» la cual siendo del mismo parecer, se encargó de negociar con su hermano Fernando que quisiese renunciar aquella alta dignidad en su sobrino Felipe. Pero opúsose al pensamiento el rey de romanos y lo resistió con tan fuertes razones, y mostró de ello tal pesadumbre, que no quiso el emperador que se tratase más de tal asunto.

Un acontecimiento terrible vino á complicar, apenas reunida la Dieta, los ya harto enredados negocios religiosos y políticos de Europa. El hijo del papa, Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasencia, enemigo del emperador por no haberle querido dar la investidura de aquellos Estados, acababa de ser asesinado en la última de las dos ciudades (setiembre, 1547). La causa de tan lamentable suceso fué la siguiente. Culpábase al Farnesio de haber sido uno de los principales promovedores de la conjuración de Fieschi en Génova contra los Dorias, favorecidos del emperador. Indignado de tan inicua acción el príncipe Andrés Doria, é irritado además por la muerte que había costado á su sobrino Joannetin, sabiendo por otra parte cuán aborrecido era Pedro Luis Farnesio de sus propios súbditos por sus vicios y tiranías, tramó á su vez una conspiración contra él, de acuerdo

con Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, y en la cual no le fué difícil hacer entrar á varios nobles de Plasencia. La trama fué tan diestramente conducida, que llegó sin obstáculo á su ejecución y complemento. Sorprendieron un día los conjurados las puertas de la ciudadela de Plasencia donde el duque se hallaba, y á las voces de: ¡muera el tirano! le cosieron á puñaladas, sin darle lugar, como dice un historiador, á que pudiera decir: «Dios, valme!» Disparáronse tres cañonazos, y cuando al estampido del cañón acudió todo el pueblo á la ciudadela, vió ya colgado por los pies de una ventana del castillo el ensangrentado cadáver del tirano.

Tanto era el odio que el pueblo le tenía, que no solo no se compadeció nadie de él, sino que pueblo, senado y nobleza, todos celebraron el hecho, y nadie pensó en vengar su muerte. Por el contrario, dos días estuvo el cadáver arrojado en el foso de la ciudadela, y hubo dificultades para que quisieran darle sepultura. Los conjurados salieron proclamando: ¡imperio y libertad! y como verdaderos libertadores fueron acogidos por la población los autores del asesinato. Inmediatamente se dió aviso á don Fernando de Gonzaga, que en Cremona aguardaba la noticia del suceso, y avanzando con un cuerpo de tropas imperiales, tomó posesión de Plasencia á nombre de Carlos V, y restituyó á la ciudad sus antiguos privilegios (1).

Solamente el pontífice Paulo III intentó vengar la muerte de su hijo, si bien todas las tentativas se le frustraron. Quejóse primeramente al emperador, pidió que castigara á Gonzaga, y que diera el señorío de Plasencia á su nieto Octavio. Viendo que Carlos V no estaba en ánimo de desprenderse de la posesión de Plasencia, quiso ligarse contra el emperador con Enrique II de Francia, y el nuevo monarca francés no hizo sino entretenerle con palabras y promesas vagas. Provocó el odio de los venecianos contra Andrés Doria, y quiso que se le unieran para arrojar de Italia á los imperiales, y lo que sacó de estas negociaciones fué que el marqués de Massa que andaba en ellas fuera preso por Fernando de Gonzaga y decapitado en la plaza de Milan. Con esto se limitó á ahogar dentro del corazón su resentimiento y á disimularle.

Entre tanto, habiendo propuesto el emperador á la Dieta de Augsburgo el reconocimiento del concilio, había logrado á vueltas de mil dificultades, y á fuerza de maña y de sagacidad, que los príncipes del imperio, con gusto unos y por temor otros, se sometieran á las decisiones de aquella asamblea. Dióse por desentendido de las condiciones que para ello exigían los diputados de las ciudades, y sin leerlas, y supliendo su consentimiento como si aquellas no existiesen, les dió las gracias, ellos callaron, y bajo esta ambigua aprobación envió al papa una solicitud á nombre de todo el cuerpo germánico, pidiendo que se trasladaran los prelados de Bolonia á Trento y continuara allí el concilio sus sesiones. A fuertes, duras y nada respetuosas y sí muy lamentables contestaciones dió lugar esta lastimosa disidencia entre Carlos V y Paulo III (diciembre, 1547), negándose el pontífice y los prelados de Bolonia á volver á Trento y á reconocer lo que determinarán

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus respectivas historias.—Leo et Boita, Hist. de Italia.—El obispo Sandoval, después de referir el asesinato del duque Farnesio, añade: «Verdaderamente que los mayorazgos excesivos que se hacen con bienes de la Iglesia no tienen otros fines más dichosos. Este remate tuvieron los cuidados de engrandecer Paulo III á su hijo, y dióle tanto, que en este año acabó la vida.» Hist. del Emperador, libro XXIX, pár. 37.

Salazar, en las Glorias de la casa de Farnese, hablando de este príncipe, dice: «Siendo Paulo III en el pontificado de Julio II, legado de la Marca de Ancona, adquirió la amistad de una doncella noble, que dicen rindió con la promesa de matrimonio, suponiéndose uno de sus principales domésticos, y hubo en ella á Pedro Luis, á Vanucio y á Constanza Farnese, condesa de Santa Flora. Otros dicen que la madre de estos príncipes fué una señora romana de la casa Rufina, de antiquísima nobleza.» Refiere otras opiniones y añade: «La decencia de las personas causa siempre este silencio, y por eso no sabemos aun quién fué madre de Francisco Cibo, hijo de Inocencio VIII, y progenitor de los príncipes de Masa. No se sabe en quién hubo Julio II á Felice de la Rovere, señora de Branciano; en quién Gregorio XIII á Jacobo, duque de Lovaina, y en quién Clemente VII á Alejandro de Médici I, duque de Florencia.» Casa de Farnese, pág. 34.

los obispos que se mantenían en esta ciudad, y protestando el emperador y los obispos y príncipes de su partido contra la validez de lo que se definiera en Bolonia, hasta hacerlo declarar así por medio de un embajador imperial enviado á Roma (enero, 1548), á presencia del papa, de los cardenales y de los ministros extranjeros (1).

Amenazaba, pues, á la Iglesia un deplorable cisma: el pontífice no cedía en manera alguna; su nombre era odiado en Alemania, y no había que esperar que el cuerpo germánico se sometiera á las decisiones del concilio, mientras permaneciera en Bolonia, ciudad sujeta al papa, cuando tanto trabajo había costado que accediesen los alemanes á que se celebrara en Trento. En este conflicto, el emperador, que como protector de la Iglesia católica tenía muy graves deberes que llenar, y como jefe del imperio solemnes compromisos que cumplir; que conocía el espíritu del pueblo alemán; que tenía una completa esecision y quería dar á la cuestión religiosa el giro mas favorable posible en favor del catolicismo y sacar el partido mas ventajoso que permitían las circunstancias, discurrió, creemos que con la mejor fe, apelar á un medio conciliatorio, que fué el de hacer redactar un sistema de doctrina, al cual se hubieran de conformar los pueblos hasta la definitiva decisión de un concilio tal como se deseaba. Encomendó esta obra á tres insignes teólogos, Sflung, Helling y Agricola, los dos primeros católicos romanos, el tercero protestante. Conviniéron estos en las bases y reglas de la doctrina religiosa, á excepción de dos puntos que el protestante quiso conservar para los de su partido, á saber, el matrimonio de los clérigos y la comunión bajo las dos especies, reconociendo por lo demás la potestad del papa, la misa, y hasta el símbolo de la fe católica. Adoptó el emperador este escrito, cuyo título era: «Declaración de S. M. imperial y real, que determina cuál ha de ser la religion en el santo imperio romano hasta la celebracion de un concilio general.» Convocó la Dieta para el 15 de mayo (1548), é hizo dar lectura de él para su aprobacion. Este fué el famoso escrito conocido con el nombre de *Interim* (2).

Levantóse, apenas concluida la lectura, el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral, y dando las gracias al emperador á nombre de todos, declaró que quedaba aceptado el nuevo sistema de doctrina, y que haría guardar lo en él contenido, y el emperador lo tomó por aprobado, y disuelta la Dieta mandó publicar el *Interim* en latin y en alemán para su observancia. Pero engañáronse en esto el emperador y el arzobispo. Ambos partidos se pronunciaron con igual violencia contra la doctrina del documento: los protestantes, por las máximas papistas que en él se sentaban; los católicos por los puntos luteranos que se conservaban en él, y porque no reconocían autoridad en un lego para dictar reglamentos en materias de religion. Tomóse en la corte de Roma como una usurpacion de la potestad eclesiástica, y había quien hablaba de Carlos V como de Enrique VIII, y el papa confiaba en que habría de durar poco un sistema que todos atacaban y ninguno defendía.

Mandó á pesar de todo el emperador que se ejecutara y cumpliera el *Interim*. Pero halló una declarada resistencia en la mayor parte de los príncipes del imperio, aun en los mis-

(1) Tenemos á la vista copia sacada por nosotros del Archivo de Simancas, de la carta que este embajador dirigió á Carlos V, dándole cuenta de su entrevista y conferencia con el pontífice, ya sobre el negocio del concilio, ya sobre todos los demás asuntos pendientes (Negociado de Estado, legajo 875, fol. 2, Roma). Daremos por apéndice algunos de estos interesantes documentos para que pueda el lector formar idea de la energía de Carlos V y de sus agentes, y del modo como se trataban estas cosas entre el jefe de la Iglesia y del imperio.

(2) «Este fué el libro del *Interim* (dice nuestro obispo Sandoval), por el cual han querido calumniar tanto al emperador, y hacerle odioso y sospechoso en las cosas de la potestad del papa, diciendo que se metió en la jurisdiccion del pontífice romano, á quien tocaba el nombramiento de las personas que habían de hacer esto. Y dicen ellos bien, si el papa y sus obras fueran recibidas en Alemania, pero aun su nombre era mas que odioso, y jamás se acabara cosa con los alemanes por via del papa.... Lo cual (prosigue) el César como protector y defensor de la potestad apostólica, y capitán general de la Iglesia, pudo y debió hacer, cuando no bastaban las fuerzas del papa y se menospreciaban sus censuras.» Libro XXX, párr. 1.º

mos amigos suyos; y no hubo medio de reducir al elector de Sajonia, á quien retenía prisionero, no alcanzando ni promesas, ni amenazas, ni halagos, ni rigor, á doblegar la firmeza de aquel inflexible luterano. Mayor fué todavía la oposicion de las ciudades imperiales. Strasburgo, Constanza, Bremen, Magdeburgo y otras se negaron á admitirle. Propúsose Carlos hacerles respetar su autoridad, y usar de rigor con ellas. Marchó pues con las tropas españolas sobre Constanza, la combatió y rindió; obligó á sus habitantes á prestar juramento al *Interim*, y mudó su forma de gobierno. Ejecutó lo mismo en Augsburgo, en Ulm, en Spira, en Maguncia y en Colonia; y subyugadas así las ciudades de Alemania, bien que en los espíritus y en los corazones dejara concentrado el resentimiento, la indignacion y el odio, volvió á los Países-Bajos (setiembre, 1548) para hacer recibir también el *Interim* á las ciudades flamencas, llevando consigo como trofeos los dos prisioneros príncipes, el de Sajonia y el de Hesse, al último de los cuales dejó encerrado en la fortaleza de Malinas con guardia española (3).

En Flandes supo el emperador que el concilio de Bolonia se había suspendido y prorogado indefinidamente, y que los prelados se habían disuelto y retirado. El pontífice Paulo había creído prudente tomar esta medida, atendido lo crítico de las circunstancias. El emperador, por el contrario, mandó á los obispos de su partido que permanecieran en Trento, donde esperaba que algun día continuarían las sesiones, y prevaleció de la conducta del papa para seguir tratándole con dureza, y representarle como un hombre que no quería cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio (4).

No había motivado el viaje de Carlos á Flandes el solo objeto de hacer aceptar la creencia interina á las ciudades renitentes de aquellos dominios. Tiempo hacia ya que su gota, sus dolencias, sus trabajos y padecimientos le habían hecho pensar, segun hemos indicado, en hacer reconocer á su hijo Felipe por los Estados de Flandes como su legitimo heredero. Llamóle ahora allá, y aun envió al duque de Alba á buscarle, escribiendo al propio efecto á los nobles y ciudades de Castilla y de Aragon. En su virtud partió el príncipe de Valladolid (1.º de octubre, 1548), dejando por gobernadores de España al archiduque Maximiliano de Austria y á su hermana doña María, que acababan de casarse, y era el de Austria su primo recién llegado. Embarcóse Felipe (19 de octubre) con magnífico y brillante cortejo en las galeras de Andrés Doria. Desembarcó en Génova, fué á Milan, atravesó una parte de Alemania, siendo en todas partes recibido con tales agasajos y festejos cuales rara vez se habían hecho á príncipe alguno, y así llegó á los Países-Bajos, donde le dejaremos por ahora para dar cuenta de otros sucesos.

### CAPÍTULO XXVIII

Carlos V y Mauricio de Sajonia

DE 1548 Á 1552

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.— Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta del rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Carlos su residencia á Innsbruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Carlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el jefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se proroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones.

Mientras el príncipe don Felipe de España, hijo de Carlos V,

(3) Las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Carlos en lo del *Interim*, fueron Magdeburgo, Bremen, Hamburgo y Lubeck.

(4) Conocido ya por algunos documentos que hemos citado el lengua-

era reconocido y jurado por las ciudades y villas de Flandes como legitimo heredero y sucesor de su padre en aquellos Estados, y mientras él visitaba los dominios que un día había de regir, agasajado por los flamencos, como mas detenidamente diremos en otro lugar, dos graves cuestiones seguían agitando entre el papa Paulo III y el emperador Carlos V: la de la continuacion del concilio de Trento en que el emperador se empeñaba y el pontífice resistía, y la de la restitucion de los Estados de Parma y Plasencia que el papa pedía con empeño y el emperador negaba con obstinacion (1548 y 1549).

La alianza del pontífice con el nuevo monarca francés Enrique II, hijo de Francisco I, no había producido para el jefe de la Iglesia sino buenas palabras y ofrecimientos de parte de aquel soberano, pero no auxilios positivos y eficaces. En su vista resolvió obrar por sí mismo, y para privar al emperador de la posesion de Plasencia, en que no había conseguido hacerle aflojar, determinó revocar la cesion que de aquellos Estados había hecho á favor de su hijo Pedro Luis Farnesio, el asesinado, y devolverlos á la Santa Sede, indemnizando á Octavio, su nieto, con otras posesiones en el patrimonio de la Iglesia. Ofendido el joven Octavio de verse así privado por su mismo abuelo de unos Estados que contaba heredar, intentó apoderarse por sorpresa de Parma (octubre, 1549), y como no pudiese lograrlo por la resistencia que encontró, con la arrebatación ligereza de un joven ambicioso y resentido se echó en brazos del emperador su suegro, haciendo renuncia de lo que no tenía, para alcanzar por gracia lo que no le permitían tomar ni por herencia ni por fuerza. Esta conducta de Octavio irritó tanto al anciano pontífice que prorumpió en las mas amargas imprecaciones contra su nieto, no hallando palabras bastante fuertes con que denigrar tal accion y con que desahogar su enojo. Y si el disgusto y la incomodidad que le produjo no le ocasionó la muerte, como algunos escritores han dicho, pudo por lo menos contribuir á ella, puesto que á los pocos dias de aquel suceso falleció el pontífice Paulo III (10 de noviembre, 1549), á los ochenta y dos años de edad y mas de quince de pontificado (1).

Difirióse algun tiempo la eleccion de nuevo pontífice á causa de los partidos ó facciones (así las nombran) en que estaba dividido el conclave, á saber: de imperiales, de franceses y de Farnesios. Al fin, despues de largos debates quedó proclamado el cardenal Juan Maria del Monte (7 de febrero, 1550), presidente que había sido del concilio de Trento en calidad de legado, y el cual tomó el nombre de Julio III. Habían convenido los cardenales en el conclave en que cualquiera que fuese electo restablecería á Octavio Farnesio en el ducado de Parma y de Plasencia, y Julio III lo cumplió así con gran beneplácito de todos. ¡Ojalá lo que ganó con esta accion, y con los recursos que proporcionó para socorrer á los pobres en aquel año, que lo fué de miseria para Roma, no lo hubiera perdido con dar el primer capelo de cardenal á Inocencio del Monte, su sobrino adoptivo, joven de diez y seis años, sin ciencia, sin talento, y hasta sin buenas costumbres, cosa que produjo general disgusto y escándalo (2).

Pensando de diferente manera que su antecesor en lo relativo al concilio y consultado el colegio de cardenales, expidió bula convocatoria (14 de marzo, 1550), para su continuacion en Trento, nombrando presidente al cardenal Marcelo Crescenzi, y dándole por adjuntos en calidad de nuncios á los

je que el emperador solía usar en las quejas del pontífice, creemos innecesario añadir otros en que le trataba con la misma ó mayor acritud.

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus Historias del concilio de Trento.—Adriani, *Istor. di suoi tempi*, lib. VII.—Carta del cardenal de Ferrara al rey Enrique II de Francia.—Ribier, *Memoir*.—«Murió, dice el obispo Sandoval, sin tener un cojin (siendo riquísimo) sobre que le pusiesen la cabeza sus lacayos, cuando le llevaban muerto al palacio sacro: cosa digna de notar, no porque un cuerpo muerto haya menester almohadas, sino por lo que requería la dignidad. Guálo Dios así para nuestro ejemplo y consuelo, porque era este pontífice muy pulido y regalado... Tuvo al emperador mas miedo que amor... en el alma tenía la flor de lis, codició demasiado lo de Parma y Plasencia y quiso comprar á Milan.» Lib. XXX, párrafo 9.

(2) Novaes, cit. por Artaud de Montor, *Hist. de los Romanos Pontífices*.—Pallavicini, *Hist. del Conc. de Trento*.—Vargas, *Cartas y Memorias tocantes al concilio de Trento*.

obispos Pighini y Lipomani. Un día antes de la expedicion de esta bula había el emperador escrito desde Bruselas á los príncipes y ciudades de Alemania convocando la Dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo, á fin de hacer ejecutar el *Interim* y reconocer el concilio, y al aproximarse aquella época partió allá acompañado de su hijo Felipe, ya con la buena nueva de la convocacion del concilio hecha por el pontífice. El 26 de julio muchos no habían concurrido todavía á la Dieta, sabedores del objeto con que eran llamados. Pero no fué esta la principal dificultad que halló el emperador, sino otra mas inesperada. El duque Mauricio, elector ya de Sajonia, y el mas poderoso príncipe de Alemania, el favorecido y el favorecedor del César, el que siendo tan luterano como el que mas, había sido el mas activo auxiliar de Carlos V contra los protestantes, el que había obtenido por él el ducado de Sajonia y la mano de la hija de su hermano, quiso dar ya otro giro á su política, y así como antes ayudó al emperador contra los reformistas, siendo él luterano, así ahora decidió dar auxilio á los protestantes pareciendo imperial. Movianle á esta mudanza las severas acusaciones que por su anterior conducta le hacia toda la Alemania protestante, los terribles cargos que le dirigía el landgrave de Hesse su suegro, de haberle vendido y sacrificado á las iras del emperador, de no haber cumplido su compromiso de alcanzarle la libertad, ni entrebaga en caso contrario prisionero de sus hijos, segun había ofrecido. Quería por otra parte atajar el inmenso poder del emperador, y le halagaba la risueña perspectiva de ser el libertador de la Alemania poniéndose á la cabeza de la liga protestante.

El plan era atrevido, y para llevarle á cabo se propuso seguir una política tan astuta, mañosa y taimada como era menester para no romper al pronto ni con el emperador ni con los protestantes, y conservarse en buen lugar con el uno y con los otros; política de que solo Mauricio hubiera sido capaz, y es uno de los mas curiosos y notables episodios de la historia de la reforma. Comenzó por dar gusto al emperador haciendo aceptar el *Interim* en Sajonia, y para neutralizar la mala impresion que esto hiciera en los protestantes, publicó una declaracion ensalzando la religion reformada y prometiendo defenderla contra las usurpaciones de Roma. Conociendo cuán desagradable habría de ser semejante manifestacion á Carlos, le halagó á su vez comprometiéndose con él á sujetar la ciudad de Magdeburgo, que se resistía á admitir el *Interim*, y procedió á levantar tropas al efecto. Con esto se hizo otra vez Mauricio objeto de animadversion para los reformadores, que de palabra y por escrito le calificaban de desleal y le acusaban de traidor. Para acallar tales acusaciones tuvo el arrojado de escribir al emperador diciendo, que ni él ni sus Estados reconocerían el concilio mientras el papa no renunciara á presidirle por sí ó por su legado, no teniendo en él mas autoridad que la de otro obispo, y mientras no diera seguro á los teólogos protestantes para ir á Trento, y exponer libremente sus doctrinas y dar con libertad su voto. Y al tiempo que esto hacia preparaba sus tropas para atacar á Magdeburgo y someterla al emperador.

¿A dónde marchaba Mauricio de Sajonia con tan ambigua, problemática y misteriosa conducta? Nadie lo sabía, aunque algunos lo sospecharan. Pero necesitábanle todos, y todos sufrían sus contradicciones con la esperanza de contar con él. Es lo cierto, que el emperador por su parte impulso de tal modo á la Dieta, que la asamblea accedió á darle auxilios para sujetar la ciudad rebelde de Magdeburgo, y que la Dieta misma pidió que se diera el mando del ejército á Mauricio de Sajonia, que el emperador aplaudió el acierto de la propuesta, y que Mauricio aceptó sin vacilar un nombramiento en que veía realizada la primera parte de sus planes.

En este tiempo, el landgrave de Hesse, que llevaba con extremada impaciencia su prolongado cautiverio, mandó á sus hijos que con todas las formalidades de la ley intimaran al duque Mauricio y al margrave de Brandeburg cumplieran el empeño solememente contraído de darse á ellos en prision, una vez que no le alcanzaban á él la libertad segun eran obligados. Redoblaron con tal motivo aquellos dos príncipes sus instancias al emperador en favor del landgrave. Pero Carlos,